

LAMPIÑOS Y BARBUDOS

Publicamos en seguida el editorial del diario "El Tiempo" de esta ciudad de fecha 18 de diciembre de 1936, en el cual don Tomás Rueda Vargas hacía algunas críticas y anotaciones al artículo "El Espíritu Mosaico", del cual son autores Francisco Rueda Caro y José Lloreda Camacho, que fue publicado en el número anterior de esta revista. Como lo reconocieron oportunamente los autores, las observaciones de don Tomás, encierran en parte un fondo indiscutible de verdad. Dado el hecho de que la responsabilidad de lo escrito en esta revista, pertenece únicamente al autor, es para nosotros agradable, acoger, como lo hacemos hoy, un ensayo de ideas y de tendencias en parte contrarias a aquél que lo motivó, también publicado por nosotros.—N. de la R.

¿Donde están nuestros abuelos?

(López de Mesa. Conferencia en el Municipal).

Dos jovencitos de la última hornada acaban de publicar en la "Revista del Rosario" un extenso y erudito artículo titulado "El Espíritu Mosaico". Los vínculos que a uno y otro de ellos me ligan, lejos de cohibirme para analizar ese escrito, me obligan en cierto modo a hacerlo.

Atacan ellos fieramente al grupo de intelectuales que a mediados del siglo pasado se congregó en torno de "El Mosaico", célebre periódico que les servía de órgano, y sos-

tienen los jóvenes rosaristas que El Mosaico es algo más que una escuela literaria que vivió la vida de los tranquilos letrados que concurren a las gratas tertulias de entonces. Favorecen, pues, sin quererlo, a sus víctimas desde luego que les atribuyen una mayor proyección sobre la historia del país de la que ha sido costumbre atribuirles aún por sus más fervientes devotos; y justifican la existencia de aquella escuela, al opinar que antes de aparecer en escena los barbudos contertulios de don Pepe Vergara, "existía una filosofía mosaica, un temperamento mosaico; y este espíritu mosaico había dirigido a Colombia a través de casi toda su vida y en casi todas sus actividades".

Que el espíritu que informó a los mosaicos existe en cierto sector de la sociedad colombiana, y que por derivarse principalmente de las condiciones físicas de las altiplanicies, ha tenido especial influencia sobre la vida colombiana, es cosa que no podemos negar: es evidente. Y por tanto es innegable que hay mosaicismo antes del mosaico, en el mosaico y después del mosaico.

A mi entender el fenómeno es éste: el espíritu colonial español se prolongó a través de la república, y en él vino a injertarse a mediados del siglo pasado el romanticismo; prendido este injerto, y muy bien prendido, culminó el mosaico. Y como espíritu colonial, habrá en las altiplanicies andinas mientras la temperatura media fluctúe allí entre los 13 y los 14 grados del centígrado y romanticismo, a pesar del ridículo de que se le ha cubierto, habrá en tanto que las almas sientan la necesidad de defenderse de ciertas asperezas de la vida, tenemos que el mosaico en una u otra forma constituye una modalidad permanente de nuestra existencia nacional. Ya verán los lampiños glosadores del pasado cómo, más pronto de lo que ellos lo suponen, principiarán a sentir la necesidad de cubrir sus huesos con el bayetón, y de precaverse contra el frío interior con una mediana dosis de romanticismo; entonces serán ellos mosaicos despreciables para los hijos de sus hijos.

Concretémonos a estudiar el caso mosaico en su época efectiva, la de su florecimiento literario, y veremos cómo los hombres que lo formaron y pusieron en moda entonces, no son los responsables del desvío que se inicia hoy fuertemente con el artículo publicado en la revista del más tradicionalista de nuestros colegios.

Bogotá, en la época en que tuvo su auge la mentada tertulia, era una ciudad de escasa población cuyas caracte-

rísticas estaban más próximas a las de un centro provincial que a las de una capital nacional. Era la más mediterránea, la más aislada de las ciudades de América. Todos se conocían, todo pasaba más o menos en familia, en confianza; y de confianza tenía que ser y fue su literatura, la literatura mosaica. Los periódicos no alcanzaban a ser negocio, fueron apenas una entretención. Las gentes se reunían a leerse sus escritos; las familias a representar las comedias hechas en casa, porque como el pan y la colación y el chocolate, la literatura también se hacía y se comía en casa. Todo esto tiene su razón de ser, su atractivo, su valor y sus debidas proporciones. Todo esto debía dar y efectivamente dio, una literatura agradable, simpática, sana, superficial y efímera. Pretender que el mosaico sea la flor y la nata de la intelectualidad de un pueblo, es tener de ese pueblo una pobre idea, poseer un caudal de aspiraciones colectivas en extremo limitado, y carecer en absoluto del sentido de la medida. Y esto, de que el "Viaje a Ubaque", "Mi cometa", "Las tres tazas", representan la cumbre de la literatura colombiana de todos los tiempos, es lo que han dicho y sostenido distinguidos escritores actuales, y esto lo que, por contragolpe, ha venido a producir la reacción antimosaica que acaba de exteriorizarse en el escrito que comentamos.

Equivaldría aquello a proclamar como la última palabra en punto a estrategia las maniobras empíricas de "Guascas y Mochuelos".

Eran, sin embargo, los mosaicos capaces de mucho más de lo que hicieron. Lo prueban la "Historia de la Literatura", de Vergara, y los afortunados trabajos de Marroquín en la novela. Habría dado cada uno más de sí al haber consagrado sus sobresalientes cualidades a alguna tarea más seria dentro de sus aficiones. No fue así; pero en descargo de ellos es justo declarar que el ambiente del momento que vivieron no permitía ir más lejos de lo que fueron. Hoy mismo, después de medio siglo de silenciadas sus plumas por la muerte, la reproducción de sus escritos cautiva a muchas gentes. Tanto ha persistido ese ambiente entre nosotros.

En los tiempos agitados y violentos en que pasaron ellos por la pantalla de la vida, realizaron una bella obra de suavización de costumbres sociales que participaban no poco de la rudeza de las luchas armadas tan frecuentes entonces; intentaron ellos—los barbudos lectores de Chateaubriand y de Selgas—bajar un tanto el tono de la voz en las



polémicas favoreciendo el espíritu de inteligencia cordial. A la conversación, en que la política era tema preferido, llevaron ellos la costumbre de los torneos literarios. En una palabra: disminuyeron la distancia que en la vida de alto mundo y en la vida privada separaba a hombres y familias en aquellos días de revoluciones frecuentes y de bravas pasiones. Cuidaron, con emocionada ternura, de que no se secase en este risco aislado de los Andes la planta de la cultura. Qué más podemos exigirles? Estudiémoslos cuidadosamente, porque representan un bello capítulo de nuestra historia, mas no los desfiguremos atribuyendo al conjunto de su obra literaria un puesto que no le corresponde.

Quando nuestros grandes partidos principiaron a tomar fuerza, a raíz de la guerra del 40, se puso muy de moda matricular en cada uno de ellos a los más destacados personajes de la independencia, y como los muertos no pueden defenderse, quedaron catalogados en los respectivos bandos contendores. De acuerdo con esta clasificación póstuma, Bolívar resultó conservador y por consiguiente defensor de la fe y de las buenas costumbres, cosas ambas que le preocuparon muy levemente. De su lado, Santander, el puño más recio que ha cogido el bastón de los presidentes de Colombia, vino a quedar en contacto de codos con caudillos a quienes habría fusilado con íntima fruición por sediciosos.

Persigue a Nariño la mala suerte hasta más allá de la tumba, porque en esta distribución arbitraria le cupo el más pobre de los lotes; rodando, rodando quedó al fin no siquiera como Bolívar en el estado mayor, sino en una especie de godo secundario, intransigente y pacato, algo así como un don Pastor Losada con sable de cartón. Y ahora para acabar de desfigurarle, los jóvenes de la "Revista del Rosario", lo enfilan con los corifeos de la Patria Boba, sus mayores enemigos; lo declaran mosaico en el sentido despectivo que ellos dan a esta palabra, y casi, casi, lo matriculan como discípulo de la Hermana Himelda. Sólo les ha faltado, en su saña juvenil, denunciarlo miembro del Club Rotario, que es como la internacionalización del mosaico.

"La Bagatela", antecedente del mosaico", dicen los articulistas. Valiente herejía! "La Bagatela" fue un periódico de combate. El primer periódico de pelea recia que hubo en la Nueva Granada. Tenía un programa definido, una política firme. Derribó al gobierno débil del señor Lozano

que representaba la federación disociadora, y la contemporización con la Corona. Combatió rudamente, cruelmente, sin un minuto de tregua a quienes en una u otra forma obstruían el camino de la revolución. ¿Qué tiene qué ver esto con una revista literaria, mansa, casera y tolerante que ponía en letras de molde, en prosa o verso, los chascarrillos que habían producido sus redactores y sus clientes en la última tertulia? Francamente no lo comprendo. O estos muchachos no saben leer, o a mí se me ha olvidado.

Nariño, agitador y revolucionario—que lo fue desde que gateaba en el caserón de la calle de la Carrera hasta que, curioso siempre, miró los punteros de su reloj cuando marcaban su última hora en la Villa de Leiva—, Nariño no puede clasificarse jamás como hombre de la Patria Boba. La primera patria, como la llamaron también, fue la utopía. Nariño tuvo desde el primer momento la noción clara de la realidad. Quiso un frente único para oponer a un enemigo cuya fuerza supo medir. Proclamó, delante del concepto académico de los ideólogos, “la ley de la necesidad”: apropiarse, dijo, “cierto número de hombres de luces una parte de la soberanía para dar los primeros pasos, y después restituirla al pueblo”.

No puede tenerse por hombre de la Patria Boba a quien contradujo constantemente con palabras y con actos, una a una, todas las tesis de los cándidos filósofos, entraña y expresión de aquella época llena de intenciones puras y de acciones tontas. Adverso al espíritu de la Patria Boba fue su espíritu, mas no estaba en su mano evitar que entre sus partidarios de entonces y entre sus admiradores de ahora se encuentren los más clásicos elementos de la tendencia colonial. El padre Manuel fue su *alter ego* en un momento dado, y en torno de su tío y sucesor el Sr. Alvarez, se congregaron a raíz de su vencimiento los más crudos reaccionarios de la época.

Fueron los creadores de la Patria Boba, hombres de corte académico, librescos y esencialmente teóricos. Frente a ellos encontramos a un hombre totalmente moderno, moderno entonces, hoy y mañana. Eran ellos españoles por dentro y por fuera. Era él un enamorado de las ideas y de las novedades francesas. Buscaban ellos el camino de la independencia, diremos mejor, de la autonomía, por el viejo cauce castellano, legalista, pomposo, empapelado, o por el trasplante prematuro de instituciones sajonas inadaptables. Trajo el otro a la colonia, y la colonia no termina el

20 de julio, un espíritu nuevo, un viento fresco de renovación total. Habían adquirido ellos su ciencia de las cosas y los hombres en libros y expedientes. La tenía el otro conquistada como Cervantes su estilo y sicología, en el ajetre de las prisiones, en el conciliábulo de las conspiraciones, en la discusión de negocios aventurados, en el proyectar constante de empresas atrevidas. Fueron ellos el estudio, la erudición, la prudencia. Fue Nariño la imaginación desbordada y creadora; la información, antes que la ilustración.

Tienen razón los rosaristas cuando encuentran en Nariño un militar menos que mediano. No hay en él en verdad ni el oficial de estado mayor que prepara certeramente una campaña, ni el conductor de tropas disciplinario y frío que sabe conducirla en todos sus detalles. Le salva en este capítulo su valor caballeresco de todas las horas.

Fue don Antonio, ante todo, un político ágil, capaz de transacción supo ceder a tiempo, y evolucionar por lo alto sin esquinamientos ni caprichos. Lo prueban cien episodios de su vida.

Con todo, le faltó una condición indispensable para el éxito. Tuvo las cualidades características del bogotano, no podía faltarle nuestro clásico defecto: no supo cobrar el triunfo. Cada vez que lo alcanzó tras innumerables trabajos y sacrificios, se alzó de hombros, dejó escapar y rehacerse al enemigo bajo su mirada indiferente y benévola, y al día siguiente tornó a combatir las nuevas dificultades creadas, con el mismo férvido entusiasmo de la antevíspera. Y así fue el Precursor, nuestro pobre y gran Precursor, con la gloria, con el dinero, con la política y las armas.

Combatió a la Federación. La venció el 9 de enero en san Victorino, pero no supo hacer lo que en frase feliz, llamó el Libertador la “Patria Caribe”. Le faltó lo que nos falta a todos los bogotanos—barbudos o lampiños—lo que los italianos llaman: “terribilitá”.

TOMAS RUEDA VARGAS
Consiliario y Colegial de
este Colegio Mayor.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico